

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 57
Momento Histórico y Realidad Argentina

Article 35

2003

Sombras

Carlos María Domínguez

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Domínguez, Carlos María (Primavera-Otoño 2003) "Sombras," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 57, Article 35.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss57/35>

This Creación: Narrativa is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

CARLOS MARÍA DOMÍNGUEZ

SOMBRAS

Él no sabe lo que hacen a cierta hora de la tarde en el baño. Pero sospecha la ansiedad, bajo un pretexto que imagina distinto cada vez, y marca la hora de una cita repetida. Tampoco necesita una prueba para renunciar al verano junto a las dos mujeres, ajenas a los papeles que se acumulan al lado de su vieja y desenterrada máquina de escribir, igual que la arena de la playa, el cielo infinito, el viento incesante.

Cuando Pilar insistió en invitar a Verónica creyó que le sería fácil concentrarse, libre de interrupciones o los reproches por la demora en abandonar un mundo que Pilar había aprendido a aceptar y del que nunca formaría parte más que la computadora, la Underwood portátil, el cenicero lleno de colillas o la perra dormida a sus pies.

Aceptó por comodidad y por no quitarle la oportunidad de distraerse con la recuperada amiga de Bellas Artes mientras iniciaba la cadena de fracasos que lo llevaban, primero, al desasosiego y, al fin de un vandálico asedio, a escribir un nuevo libro. Ambos lo sabían, entonces las palabras eran la mitad de las palabras, los silencios, la mitad de los silencios, y la mesa de la cocina, las noticias del diario, las conversaciones con amigos, un engendro digno de olvidar y postergar frente a las frases que dibujaban, con la ambición y la cuota de riesgo de que era capaz, un mundo superior. Si no por su trasiego, en su transparencia. Acá el dolor, acá la estupidez, acá la paradoja y el deseo.

Sucedía así o a medida que escribía se volvía más intolerante a los ruidos y a las confianzas excesivas. Cuanto más sólida la historia que ocupaba su imaginación, más indecorosa se le presentaba la realidad, incapaz de sostener una intensidad, un ritmo, ni siquiera una verosimilitud, y nada

conseguía apartarlo del afán en corregir su desproporción.

Aceptó a Verónica como aceptó la llegada del verano, el viaje al mar, la sustitución de sus hábitos cotidianos por esa cabaña de alquiler sobre la costa que debía alentar, con sus paisajes y su naturaleza, la nueva historia por escribir, todavía mal dibujada en su cabeza.

Ha estado alentándolas a pasear solas por el pueblo, a olvidar su abandono en la hamaca del alero, junto al vaso de whisky, sumido en el rumiar de imágenes y frases torturadas por la reverberación del sol, el rumor del mar y el zumbido de los insectos.

A pocos días de llegar al balneario, después de las celebraciones gastronómicas, la eufórica exploración de los bares, kioscos de artesanías, médanos y playas cercanas, la presencia de Verónica y el desplazamiento de su cuerpo por la casa introdujo una perturbación inesperada entre lo que había decidido despreciar y las letras de la Underwood, estratégicamente ubicada junto a la mejor ventana.

La ha visto nadar en el mar, dejarse arrastrar por las olas con el cabello adherido a los hombros y la espalda, y alzarse, sin apuro, los breteles del traje de baño. Le ha mirado las nalgas redondas y firmes, los labios lívidos, el pliegue dibujado entre sus piernas. La observó jugar en el agua con Pilar, conversar con ella durante horas y en dos o tres ocasiones advirtió en las miradas que se dedicaban un destello de intimidad, quizá antiguo, quizá nuevo. Lo reconocía en el momento de sentirse expulsado a la veintena de carillas acumuladas y detenidas sobre la mesa, con la sensación de que nunca debió abandonar su computadora ni la vulgaridad de su vida en la ciudad, tanto más leve que el golpe del sol, el cuerpo de Verónica, el espectáculo de las gaviotas en el declive de las horas.

Les ha estudiado la risa cómplice al retornar a la casa y pasar a su lado como si fuera un hombre pintado, con su deshilachado sombrero de paja, la barba crecida, los ojos reducidos por la resolana y el esfuerzo de imaginarse en otro sitio. Verónica no ha dejado de elogiar sus novelas con el asentimiento de Pilar, agradecida, como si recibiera cumplidos por la posesión de una planta exótica, un automóvil, un marido literario y es, precisamente, este ignorado regocijo de posesión lo que lo inquieta, porque aunque Verónica lo mire a los ojos mientras lo exalta, se lo dice a Pilar, a quien no necesita mirar para hacer contacto en esa frontera que escapa a su dominio y a su comprensión. En la semana que llevan juntos en el balneario, ninguna de las dos le ha ocultado su indiferencia a la hora de almorzar, en las cenas ni siquiera a la hora de vestirse y desnudarse en la penumbra de las habitaciones.

De mañana ha ido con ellas a la playa. Jugaron varios partidos de paleta, se dejaron arrastrar por la rompiente, tomados de la cintura con una confianza que despertó en sus manos el placer de tocar los huesos de Verónica, la curva redonda y firme de su cadera. A mediodía almorzaron en un restaurante del pueblo con abundante vino, bromearon acerca de bañarse

en el mar por la noche y ahora que el sol golpea las persianas bajas, él ha cerrado los ojos, a la espera de que Pilar vuelva a levantarse y abandone el cuarto en puntas de pie. Lo ha estado repitiendo desde hace varios días y cree que ella aguarda el momento en que se duerme para deslizarse de la cama.

Ayer se asomó a la puerta del dormitorio y las oyó reír en el baño. Se atrevió a dar unos pasos en el pasillo para espiar las sombras a través del vidrio esmerilado de la puerta. Primero creyó, o quiso creer, que se peinaban frente al espejo. Pero luego una silueta se desplazó sobre el vidrio como si dejara, detrás, una llamarada de ceniza, y los cuerpos volvieron a reunirse en una sola figura. Entonces imaginó la boca de Verónica sobre la piel cobriza de su mujer, el recorrido de Pilar por los muslos transpirados que sus manos habían tocado en el agua, y creyó escuchar el saqueo de los besos, su propia lástima, una furia sibilina. Regresó al cuarto y tapó la vieja máquina portátil con la cubierta de madera, como si cerrara un sarcófago.

Ahora espera que la escena se repita. Sabe que Pilar no demorará en levantarse después de rozarle un brazo y averiguar si está dormido. Cuando lo hace y la oye levantarse, cerrar la puerta tras de sí, cuenta unos segundos, los pasos que la conducirán, como otras veces, al baño. Espera un tiempo prudente para dar oportunidad a las caricias, a los deslizamientos de la ropa, repugnado, más que por el inesperado gozo de Pilar, por esa victoria de la realidad sobre su imaginación.

Se levanta y camina por el pasillo. Puede verlas ahora, detrás del vidrio difuso, una inclinada sobre la otra, con las cabezas tomadas en las manos. Es su oportunidad. Abrirá la puerta, las sorprenderá y acabará con el estúpido verano.

Ha visto que las cabezas vuelven a reunirse. Es el momento y sin embargo no tiene fuerzas, las rodillas se le doblan, apenas si comprende lo que está haciendo delante de la puerta que lo separa de su mujer y de su amiga, las dos definitivamente alzadas en ese secreto que lo desmiente y vulnera con una posesión que ya no le pertenece.

Contiene la respiración, las oye reír, no consigue tolerar la burla. El resplandor de la siesta irrumpe en el baño con el estallido de los vidrios derramados por el suelo, el brote de la sangre en su puño cerrado, el espanto de las dos mujeres. Verónica, con una pinza de cejas en la mano, y Pilar, sentada en la banqueta con un pote de crema, no alcanza a comprender qué hace desnudo, excitado, el puño en alto y florecido, sin palabras ni el sombrero de paja, al otro lado de la puerta.